

santidad, la virtud. En el engaño en que hemos vivido hasta ahora, nosotros hemos olvidado completamente tal medio; mas hoy, hemos resuelto hacer uso de él en todos los días de nuestra existencia. Perfeccionad Vos, pues, nuestras promesas, haced que perseveremos constantes en ellas, para que ellas redunden en nuestro provecho y en nuestra utilidad.

DIA SÉPTIMO.

LA AZUCENA,

Ó SEA:

LA CASTIDAD.

Florete flores quasi liliū, et date odorem.

Floreced como azucenas, y despedid fragancia.

(ECCL. XXXIX, 29.)

El hombre, mis queridos hermanos, es, entre todos los seres terrestres que salieron de las manos del supremo Hacedor, el más perfecto y sublime; y siendo el señor de lo criado, lleva impresa en su frente misma la señal de su propia grandeza, y contempla sometidos á su imperio los seres que le rodean; unos para conservar su vida, otros para restaurar sus fuerzas, éstos para reanimar su espíritu, aquéllos para ejecutar sus mandatos; el hombre que con la muda palabra de su elocuente aspecto, está diciendo á cada paso, que es grande, y recibe por tal motivo los homenajes de la naturaleza entera, que nunca se cansa de admirar la nobleza de su frente, el brillo de su mirada, y la majestad de su porte; ¡ah! ese hombre, hermanos míos, no titubeo en decirlo; bien puede levantar más arriba sus miradas, bien puede aspirar á más sublime grandeza. Siendo grande en esta tierra, donde todo es apariencia y mentira; puede

sobreponerse á estas bajas regiones, remontar el vuelo de su pensamiento al Empíreo, y allí, colocado enfrente de las angélicas gerarquías, imitar su gloria, superar su grandeza, y alcanzar sus honores. ¿Lo teneis bien entendido, mis amados hermanos?

Pues bien; id recorriendo el jardín de María. ¿Veis aquella flor que, descollando sobre todas las demás, parece ejercer imperio sobre todas ellas? Dicha flor ¿acaso no la distinguís por su madeja de anchas hojas que, inclinadas unas sobre otras con gracia, y apretándose entre sí parecen formar un trono el más precioso y elegante? ¿No reparais aquel precioso racimo, que irguiéndose sobre su largo tallo, desplégase á su debido tiempo, en un cáliz del más brillante candor; y aquellos dorados estambres, que viniendo á dar realce á los blancos pétalos, impregnan el ambiente con los más celestiales perfumes? ¡Ah! sí; la tal flor, bien claramente la reconocéis, hermanos míos; es la Azucena, la cándida Azucena, la reina de las flores, el ornato, el decoro de los más floridos jardines. ¡Oh! con cuánta donosura se levanta un tanto inclinada en torno de su tronco, casi en ademán de pedir y de obtener los homenajes de la naturaleza entera! ¡Oh! cuánto más bella aparece en comparacion de las demás florecillas que la circundan! ¡Cómo se atrae las miradas y la admiracion de todas ellas!

Hé aquí, pues, hé aquí, repito, mis queridos hermanos, la flor que hace al hombre superior á sí mismo, que le eleva de esta baja esfera, que le dirige hácia los floridos senderos del Paraíso, que le asemeja á los mismos ángeles, que le hace mil veces más digno de admiracion y de gloria que ellos mismos. Hé aquí la flor que con tanta lozanía se ofrece esta noche á nuestra contemplacion en el jardín Mariano. Observad, desde luego, el candor de sus pétalos; y allí, en aquel rocío del Paraíso, aquellos dorados estambres, que tienen su raiz en aquel corazón sacratísimo; aquellas oleadas de perfume, que salen todas de aquellos modestísimos ojos. ¡Oh! cuán hermosa es! de qué manera tan poderosa cautiva nuestras miradas! con cuánto imperio reclama nuestra atencion! Detengámonos, hermanos míos, en contemplarla atentamente. María nos llama á tal consideracion.

Esta noche, en la que voy á tratar de la santa pureza, tomando por ejemplo la Azucena terrestre y material, sepamos reconocer, que es una flor la más bella y sublime, digna, por lo mismo, de nuestro mayor aprecio; reconozcamos, repito, que esa es una flor linda y agraciada, acreedora, por lo tanto, á la más fiel custodia. ¡Oh mística Azucena de los valles! ¡ah! durante esta noche brille en mis pa-

labras el candor de tu corazón. Tengan mis expresiones aquellos suaves atractivos, que son propios de tan sublime virtud. Y vosotras, almas afortunadas, estimuladas esta noche por el ejemplo de María, aprended la manera de custodiar, ó de preservar, del mejor modo posible, esa olorosísima Azucena. A. M.

Existe un riguroso precepto, que obliga á todos los fieles, sin excepción, y es, precisamente, el de la propia santificación. *Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra.* (I Tess., iv, 5.) Esta santificación, bien claramente nos la enseña el Apóstol mismo, cuando nos asegura, que no consiste en otra cosa, que en preservarse de toda impureza y de toda pasión libidinosa é inmunda; cuando llama á la pureza, absolutamente, con el nombre de santificación; cuando nos asegura, que sin ella no se alcanza la felicidad eterna. Y eso nos lo asegura, con sobrada razón, amados hermanos; toda vez que, al decir del angélico Doctor, toda nuestra santidad estriba en nuestra unión con Dios.

Pues bien; entre todas las cristianas virtudes, no hay una siquiera, que nos una á Dios con lazos más estrechos que la santa pureza. Esa es la que conserva la claridad de nuestro entendimiento, y la que nos conduce más directamente á la contemplación de los divinos atributos; si; esa Azucena candidísima es la que nos alienta con su brillante candor, y nos arrebatada con su maravillosa fragancia; y así hace desprender nuestro corazón de los goces sensuales y terrenos, excitando en nuestro interior el vehemente deseo de los goces celestiales y divinos; esa es, por último, la única virtud que puede hacer nos dignos de la visión beatífica. *Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt* (Matth., v, 8). Por lo tanto, si esa cándida flor, si esa divina virtud habilita nuestra mente para la contemplación de los divinos atributos; si la eleva hácia los bienes celestiales; si la constituye digna de la posesión de Dios; ¿cómo pudiéramos dejar de considerarla como el vínculo verdadero entre los hombres y Dios? ¿cómo no debiéramos reconocerla cual verdadera fuente de santidad y de justicia?

Y si la pureza nos hace nada ménos que santos; ¿podríamos dejar de considerarla como un verdadero tesoro, como una perla la más preciosa, como una escogida margarita? ¿no sería ese motivo suficiente, para que concibiéramos de ella la idea más sublime, el concepto más elevado, para que ella merezca el aprecio más sincero? ¿Fuéramos, acaso, posible, hallar una virtud superior á ella? Mostrádmela, pues, en este caso, amados hermanos; penetrad en el oloroso jardín de la Iglesia; observad, una tras otra, todas las flores de

variados matices que en él germinan; examinad el conjunto de las plantas, el brillo de los colores, la frescura de las hojas; y luego, decidme; ¿de dónde saca, pues, su ornato más insigne la flor que está ocupando en estos momentos nuestra atención?

¡Ah! ya oigo la respuesta que da por vosotros San Ambrosio, respecto de las Azucenas, las cándidas Azucenas, las preciosísimas Azucenas. Esas son las flores, según yo mismo he oído decir á menudo, que regocijan á la tierra virgen, bien que se halle esmaltada de otras infinitas. Esas son las que dan gracia, ornamento y esplendor á toda planta, que siendo fecunda un día, es hoy estéril. Esas son las flores que, entrelazadas con la fructífera vid, comunican su propio olor á los abundantes frutos de aquélla. Si aún no os contentareis con tales excelencias, mis queridos hermanos, sabed, por último, que la pureza tiene tal valor respecto del hombre, que llega á ser el objeto de la admiración de los ángeles mismos del cielo; los cuales, si bien por la condición de su naturaleza y por la superabundancia de la gracia, poseen en el más alto grado la pureza y el candor, no pueden ménos, sin embargo, de admirar semejante virtud, tratándose de un sér, que con la flaqueza de su cuerpo, la conserva en el lugar mismo en que se hallan acampados sus más implacables enemigos.

De ahí, el que ninguna otra virtud, no reparo en declararlo, haya sido tan amada de todos los santos y de los justos de esta tierra. La pureza formaba el vestido y el ornamento nupcial de todos ellos. Todos se cubrían con la pureza, adornaban con ella sus sienes, y con ella alimentaban su espíritu. Por ella lo sacrificaban todo; por ella renunciaban á los bienes terrenales; por ella conservaban la santidad de su estado, bien fuera éste la Virginidad ó el vínculo del Matrimonio. Alcanzar, cual premio de sus virtudes, una hermosa Azucena, hé ahí todo su anhelo, la meta de sus aspiraciones, la ambición de su corazón. Y, sin embargo, hermanos míos, ellos habían sido amados de nuestra propia carne; hallábanse sujetos á las mismas miserias, á los asaltos del comun enemigo, á las propensiones de los sentidos, á las pasiones y á los peligros.

¿Y no amáramos nosotros, pues, tal virtud? ¿No la antepusiéramos á todos los bienes de esta miserable vida? ¿Y pudiéramos, acaso, de otra suerte, titularnos devotos de María? ¿Y pudiera, por ventura, reconocernos jamás por tales, Ella, esa Madre Santísima, esa Azucena escogida de la más sublime pureza? ¡Ah! mis queridos hermanos; bien vosotros lo sabéis; no es posible ser devotos de María, sin imitar al mismo tiempo sus virtudes. Y ¿qué ejemplo tan sublime nos ofrece Ella de esas virtudes á nuestra imitación en este día?

La pureza de María ¡ah! esa, sí, que es bien digna de atraer hácia sí las complacencias divinas: *virginitate placuit*. La pureza de María ¡ah! cuán prolijo sería mi discurso, si ahora me propusiera ensalzar tal virtud bajo todos sus conceptos! Yo debiera principiar por el voto que hizo la Virgen en el Templo de Jerusalem, para terminar por su dichoso tránsito desde este mundo al Paraíso. La pureza de María...! mis amados hermanos; sobre un solo hecho llamaré, en este instante, vuestra atención; hablo del coloquio de María con Gabriel. Hincadas sus rodillas sobre el suelo, y elevado su pensamiento á las más encumbradas esferas de los cielos, hallábase la Virgen, en el silencio de las paredes de su hogar doméstico, dirigiendo hácia el Altísimo el oloroso perfume de la más fervorosa y sublime oración. Allí estaba Ella, orando, repito, cuando un súbito resplandor iluminó enteramente su solitario aposento; y puso término al éxtasis en que su alma hallábase á la sazón sumida. Un alado mensajero, de rubia cabellera y de aspecto el más candoroso, aparece delante de Ella, se postra, y: Salve, le dice, ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres. El resplandor, que fulgura de repente, la presencia de un mancebo, que dobla su rodilla delante de Ella, el misterioso título de bendita entre todas las mujeres, todo, todo absolutamente, la sorprende y asusta y la aterra; como aterra, mis queridos hermanos, un frondoso bosque el paso de un furioso torbellino, y como se asustan los que de repente se aperciben de un numeroso ejército enemigo. Entónces la Virgen fija, más que nunca, sus ojos en el suelo, encendido su rostro por el rubor, trémulos sus miembros por el temor, no sabe siquiera Ella misma si debía callarse ó responder, resistir ó evadirse. El mensajero repara tal turbación, y: no temas, añade, porque has hallado gracia en los ojos del Señor; sábetelo que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús. *Concipiens in utero et paries filium*. (Luc., I, 31.)

¿Habeis observado, mis queridos hermanos, una frágil nave que, al ser ya presa de los desencadenados elementos, ve anunciar la tormenta cerca de sí, y levantarse las olas, cada vez más amenazadoras, y los mares presentarse más revueltos y sombríos? ¿Habeis podido notar entónces la desesperación que con tal motivo se apodera de los infortunados navegantes? ¿Habeis oído los gemidos que salen de aquellos corazones tan angustiados, y los gritos que hieren los aires, implorando perdón, protección, socorro del cielo, de la tierra, de los vientos y de los mares? En tal estado debeis representaros, pues, el corazón de María, al oír las últimas palabras del divino mensajero. ¡Desdichada de mí! paréceme oírla exclamar en aquel acto: ¿Y po-

drá ser cierto que en mí deban verificarse tan altas cosas? ¡Yo, concebir en mi seno!... yo, parir un hijo! yo, que estoy ligada con un indisoluble voto!... ¡Y bien conoce Dios este mi voto! ¿Cómo, pues?... ¡Ah! dime, dime ¡oh Angel santo! dime y explicame *quomodo fiet istud?* (Luc., I, 31). Siéntome profundamente reconocida, en verdad, ante la elevada dignidad para la cual plugo al Señor destinarme; veo los honores que por tal causa me serán rendidos por las futuras generaciones; conozco que seré verdaderamente Madre de Dios... mas ¡ah! si por tal motivo debiera yo mancillar mi flor..... si eso había de ser parte para que yo perdiese mi inmaculada Azucena..... si debiera faltar á mi promesa..... ¡ah! en este caso, no, de ningun modo, ¡oh celestial mensajero! renuncio al alto honor; no me curo de esa dignidad; hartó cara es mi Azucena para mi corazón; quiero ser Virgen, quiero ser inviolada.

¿Qué dice vuestro corazón, hermanos míos, ante esas protestas de María? ¿Sentís en vuestro interior un aprecio semejante de tan excelsa virtud? ¿Renunciaríais por ella, no diré á una dignidad parecida á aquella que renuncia María, sino al menor de vuestros recreos, al más ínfimo de vuestros lucros, á la más insignificante de vuestras vanidades? Y si no lo renunciaríais, ¿pudierais, acaso, apellidaros verdaderos devotos de María? ¿pudierais esperar jamás, aquellas bendiciones que descendieron sobre su bendita frente? ¡Ah, cristianos! no olvidemos que María, por el mero hecho de renunciar á la divina Maternidad, la obtuvo, precisamente. Ella no quería ser Madre de Dios para ser Virgen; y por lo mismo que ella es Virgen, fué elegida por Madre de Dios.

No se pide de vosotros tanto; no se os pide el completo sacrificio de vuestro virginal candor: resplandezca en vosotros aquella pureza que corresponde á vuestro estado. También para vosotros crece una Azucena en el jardín de la Iglesia, y aún cuando para cogerla debierais abriros paso al través de un enmarañado bosque de agudísimas espinas, dichosos de vosotros! toda vez que en dicha Azucena hallaríais un bálsamo para vuestras heridas; y la suave fragancia que de ella emana, compensaría con usura vuestros esfuerzos y vuestras fatigas.

Empero, no basta, mis queridos hermanos, coger esa flor; es menester, igualmente, custodiarla; y si difícil es cogerla, es infinitamente más difícil todavía el custodiarla. Siendo ella tan agraciada y tan superior á toda otra flor, no solo la ofende todo movimiento villano, sino que hasta llega á estremecerse al leve contacto de una mano, por agraciada que sea. Basta con mirarla, por decirlo así, en un solo

punto, de hito en hito, y al punto mismo la vereis marchitarse. No vayais ahora á creer, que mi lenguaje peque ni un ápice de exagerado, cediendo al impulso de una exaltada fantasía. Esa flor, mis queridos hermanos, tan delicada y preciosa, que llega al extremo de espiritualizar, por decirlo así, la mano terrena y mortal que la estrecha, y de elevarla sobre su naturaleza misma; esa flor, que ensalza al hombre con preferencia á los ángeles, y hace más que unos ángeles á aquellos que la cultivan en su corazón ¡ah! á esa flor, yo no creo equivocarme, bajo concepto alguno, con preferencia á toda otra, la llamo celestial y divina.

Y ¿por qué no llamarla así, hermanos míos? ¿Qué pudiera nunca tener esa flor de comun con la tierra, si en el suelo mismo donde ella crece con tal majestad, quiere que sea eliminada hasta la idea de la tierra, apropiándose un nombre enteramente espiritual y celestial? Pues bien, mis amados hermanos; ¿cuál no debe ser la delicadeza de esa flor? Nacida allá en los espacios inmensos del cielo, donde era acariciada suavemente por céfiros deliciosos, y donde la conservaba el más delicado sustento, ¿cómo pudiera, siendo de tal naturaleza, no resentirse del más ligero soplo del viento, del rayo de sol ménos ardoroso, de la caída misma de un rocío demasiado copioso? ¿Cómo tal delicadeza no debiera, pues, llegar á su colmo, siempre que dicha flor se halle en un lugar donde la impetuosidad de los vendavales, la aglomeración de las aguas y la intensidad del calor la opriman, la abrumen y la rodeen?

Al oír estas palabras, paréceme ya que me preguntais; ¿cómo debemos obrar, pues, para preservar á esa flor de los peligros y conservarla en su primitivo esplendor? ¡Ah! mis queridos hermanos; quitemos el velo de los símbolos y vereis claramente de qué manera debeis conducirnos en tal materia. La pureza, que, habiendo nacido en los jardines del cielo, vino á fijar su residencia sobre la tierra, dimana, como vosotros mismos hartos comprendéis, de un lugar donde Dios ejerce su pleno poder; donde todo es espíritu, virtud y santidad; donde, finalmente, la envidia no impera, ni privan las asechanzas, las traiciones y las guerras; ni se entronizan la crueldad ó barbarie; y de una morada tan feliz, ella ¡desdichada! desciende á un lugar donde domina el infierno, triunfa la envidia, pululan las asechanzas, reina la carne, la materia y la sensualidad. Y como si esto no fuera suficiente todavía, esa flor desciende á la morada misma de su más terrible enemigo, para levantar sobre la ruina de éste su excelso trono, su divina mansion. Esa carne, sí, lo repito, esa carne, de la cual nos hallamos revestidos, hé ahí, mis amados hermanos, el

más implacable enemigo de la pureza; mas hé ahí también, al mismo tiempo, el lugar donde debe reinar esa tan hostigada ciudadana del cielo, y desplegar todo el poder de su divino imperio.

Así, pues; la carne es la que hostiliza, la que persigue, la que combate esa flor; ¿no es verdad? Pues bien; combatamos, domineemos, humillemos esa carne, por nuestra parte, hasta despojarla enteramente de su presuncion y de su preponderancia. Ella nos ataca con mayor ímpetu, cuanto se ve tratada con mayor delicadeza, y más se siente secundada en sus antojos, y puede alcanzar con más facilidad nuestra condescendencia y cariño. Pues bien; procuremos contrarrestar sus designios, confundámosla; condenémosla al trabajo, á la fatiga, á las privaciones y á las incomodidades: sean sus compañeros el ayuno, la penitencia y la mortificación. ¡Ah! ¿por ventura no comprendéis mis palabras, hermanos míos? ¿hablo, acaso, una lengua desconocida para vuestros oídos? ¿Os expongo, tal vez, unos preceptos, de los cuales no tenéis aún el menor conocimiento? ¡Ah! mis cristianos oyentes; no son esos, no, nuevos preceptos; no es tampoco mi lengua una lengua desconocida; lo que, sí, es desconocido de los cristianos modernos es la virtud; lo que es nuevo para ellos son tales exhortaciones. Los preceptos del Evangelio son inmutables; no son jamás nuevos: todo aquel que ama el lustre de la pureza; todo aquel que quiere conservar inmaculada esa azucena, bien fuere ésta virginal, ó matrimonial, es preciso que sujete la carne, la combata y la humille: solo entónces podrá titularse dechado de castidad ó de candor.

Y todavía no basta con eso, mis queridos hermanos. Por más que la carne sea macerada, mortificada y combatida, hartos son los obstáculos que á cada paso se presentan. Entónces se siente que el mundo se halla en contacto con ella; el pérfido mundo, que solo se alimenta de concupiscencia y de carne, suscita contra ella la lucha más terrible y desesperada; de ahí las falsas lisonjas; de ahí los ocultos lazos; de ahí las formidables asechanzas; de ahí, en una palabra, el más funesto cebo de las más peligrosas ocasiones al servicio exclusivo de la envidia, la cólera, el ódio y la venganza.

Empero, no temais de ningún modo, mis amados hermanos. El mundo os arma asechanzas, os tiende lazos, é intenta vuestra perdición, ¿no es verdad? Pues bien; recordad todo lo que os manifesté ya en otro de mis discursos; huid. ¡Oh! ¿cuán dura os parecerá sin duda la palabra que acabo de pronunciar? ¡Huir! Y ¿hacia dónde? ¿Acaso hacia un claustro, hacia algún desierto, hacia alguna horrible soledad? ¡Ah! no os precipiteis, hermanos míos. Si vosotros

quisierais conservar el candor virginal, hallaríais la gloria de vuestro espíritu en un claustro, en el desierto, ó en la soledad; mas no siendo esas vuestras aspiraciones, y cuando vuestro estado os obliga á vivir en el mundo, permaneced en él, continuad en el seno de la sociedad: ese es vuestro deber.

En tal caso, por lo mismo, no cometéis culpa alguna permaneciendo en él. ¿De qué debeis, pues, huir, y hácia qué punto? Huid del supérfluo trato con ese mundo mismo; de aquellas diversiones innecesarias para vuestro solaz; de aquellos espectáculos, que fomentan la vanidad y el orgullo; de aquellas tertulias y conversaciones, en medio de las cuales, la virtud no puede desplegar su manto; de aquellos círculos, de aquellas amistades y de aquellas lecturas poco edificativas; hé ahí, mis amados hermanos, de lo que debeis huir para conservar intacta vuestra azucena.

Y ¿hácia dónde, y hácia qué lugar debemos, pues, huir? me preguntareis todavía. Hácia el aislamiento de los muros del hogar doméstico; allí, con vuestro Dios, ocupados en vuestros negocios; solo allí hallareis espacio, seguridad y refugio para el cumplimiento de vuestros presentes deberes. No negaré ahora, que el estado, el empleo, la condicion y el necesario sustento, os obliguen á salir de dicho lugar. Pues bien; salid de él, enhorabuena; pero, con la paz del Señor; sin olvidar jamás, que vais á hallaros en medio de vuestros enemigos; por lo mismo, léjos de dar excesiva libertad á vuestras miradas, léjos de demostrar desembarazo en los modales, léjos de que vuestro pensamiento ande distraido y divagando, procurad que todo eso sea tal, que os haga cautos en cualquier encuentro; fuertes en todo ataque, é intrépidos en los mayores peligros. Entónces, sí, que podreis entonar el himno de la más brillante victoria.

Mas, ¿qué voz es esa, terrible al par que lastimera, que ahora hiere mis oídos? ¿Qué misteriosas palabras son esas que en su dolor ella va repitiendo? ¡Ah! no basta, me está diciendo, ¡oh criaturas miserables! no; no basta eso aún. Yo cubro mi desnudez con toscos sayal, llevo ceñidos mis lomos con los más ásperos cilicios, someto mi cuerpo á reiteradas flagelaciones; paso dias en la más profunda tristeza, la penitencia y el dolor; y bien que sepultado en horribidas asperezas, viva solitario y oscuro, sin otra compañía que la de las fieras y los escorpiones, ¡ay! mi imaginación siéntese de continuo atormentada por impuros fantasmas; mi cuerpo se está abrasando en la concupiscencia y la lascivia; y en tan terrible combate, ni de un momento de reposo disfrutan mis sentidos.

¡Oh penitente! cuán claramente te reconozco en estos acentos! ¡Oh

gran penitente Jerónimo! ¿Qué es, pues, lo que podrá asegurarte la tranquilidad en esa tremenda lucha? Escuchadle atentamente, mis amados oyentes: *quotidie gemilus, quotidie lacrymæ*. Las lágrimas de una fervorosa oracion, los gemidos de una continua deprecacion, hé ahí el recurso continuo; hé ahí el último y poderosísimo medio para recorrer con seguridad el sendero ¡ay! harto dificultoso, por desgracia, de la pureza y del candor.

Aún despues de preservados de la carne por la penitencia y por el ayuno, aún puestos al abrigo de las mundanas asechanzas con el retiro y recogimiento, nos queda todavía otro enemigo, no ménos poderoso, que subyugar y vencer: el demonio; y como que este enemigo, mis queridos hermanos, no está sujeto á las mortificaciones del cuerpo, y, por otra parte, tiene acceso en las guaridas más secretas de la soledad, no puede ser vencido de otra manera que con el arma poderosa de la continua oracion. Al vernos en oracion, el maligno huye; y nosotros, puestos á salvo de los demás enemigos, ningun motivo tendremos para asustarnos ni para temer. De esta suerte, nuestra Azucena, bella con aquella hermosura que la adorna en el cielo, suave con aquella misma fragancia que allí adquiere, formará el más hermoso ornamento de nuestra alma para formar en el cielo nuestra eterna felicidad.

Demos, mis queridos hermanos, una mirada á nuestra Madre María. ¡Ah! Ella, sí, que es, en verdad, el ejemplo más sublime de virginal candor; mas Ella, igualmente, nos enseña la manera de custodiarlo con diligencia. Meditad, sino, su ya referido coloquio angélico. El santo Arcángel la encuentra sola en su retiro. No la busca, ciertamente, en las diversiones, en las tertulias, ni en el bullicio del mundo; sino allí donde está seguro de encontrarla, entre las solitarias paredes de su humilde aposento. Y allí, no la encuentra entregada á la vana lectura de novelas obscenas y de peligrosas aventuras, sino en la actitud de una persona que ora; y la ve con su mente absorta exclusivamente en la contemplacion de las divinas grandezas, con su boca abierta únicamente para alabar á Dios, y su corazon encendido enteramente en fuego celestial: por eso el santo Arcángel, no bien se presenta á su vista, se inclina con reverencia, y la saluda con modestia. Y sin embargo; ¿quién lo creyera, mis amados hermanos? Ni aún ante el aspecto enteramente celestial, que refleja el rostro del Arcángel, ni ante la modestia que respira su mirada, ni ante aquella profunda reserva que revela su actitud, ni siquiera ante aquella honestidad que se nota en sus maneras, el ánimo de María se tranquiliza: sucede en ella todo lo contrario, puesto que, apénas se apercibe

de su presencia, su semblante palidece al punto; su corazón se agita, se apesadumbra y se entristece; Ella teme que aquello no sea algún lazo del maligno tentador; y por lo mismo, dirige presurosa al suelo su mirada, recógese toda en sí misma, eleva á Dios su pensamiento, y le suplica, le ruega, y le pide con insistencia su luz, su dirección y sus consejos.

Doncellas cristianas, que estais escuchando mis palabras; ¿sucede, acaso, otro tanto respecto de vosotras siempre que os hallais, y sabe Dios con cuanta frecuencia, hablando á solas con tal ó cual amigo, mancebo ó amante, los cuales, por más que fueran unos perfectos modelos de modestia y de virtud, no serian, ciertamente, otros tantos ángeles del cielo enviados á vuestro encuentro?

Ni aún aquí termina, hermanos míos, el temor de María, pues, al decir de la Escritura, Ella, no solo se turbó á la presencia, sino de un modo mucho más especial, á las palabras del Arcángel: *Turbata est in sermone ejus* (Luc., 1, 29). ¡Gran Dios! tú que eres la pureza por esencia, dime, te ruego, ¿qué podía haber en tales palabras para causar la turbación de la Virgen? El celestial mensajero no profirió palabra alguna que no fuera celestial y divina; no hizo otra cosa que asegurarle la gracia del cielo; no la honró con otros títulos que con los de bendita entre las mujeres, y de mujer que tiene á Dios consigo. ¿A qué viene, pues, ¡oh María! tu zozobra, tu turbación y tu rubor?

¡Ah! mis amados oyentes; la pureza de todo se recela, no solo cuando el delito se muestra descaradamente en los impúdicos razonamientos; no solo cuando se encubre bajo el disfraz de algún malicioso equívoco, como más nocivo que la impiedad desembozada, sino que aún siente temores cuando no se trasluce en las palabras más que religiosidad y santidad. Ella teme el homenaje, sospecha de la salutación, cree falsa la virtud. En suma; en todas las cosas se muestra recelosa, por el temor de no empañar su celestial esplendor.

Humillémonos, pues, mis queridos hermanos, en la presencia de Dios, por nuestra pasada ceguera. No olvidemos, que vivimos en compañía de una flor la más bella, la más olorosa y la más preciada, es verdad; pero al mismo tiempo la más delicada y tierna, y, por lo tanto, la que pierde con más facilidad sus encantos y su candor. Así, pues, si es que ella nos parezca digna de nuestro más caro precio, no descuidemos de custodiarla con la mayor fidelidad. Mas ¡ah! ¿qué horrores no ofrece á nuestros ojos la tierra en nuestros días? ¿No es hoy, precisamente, que estamos observando los pecados que ocasionaron el diluvio, y los crímenes que merecieron el incendio de la in-

feliz Pentápolis? ¿No es hoy, cuando estamos viendo, que los hombres se igualan con los insensatos jumentos del campo, y se han hecho, por desgracia, semejantes á ellos?

¡Almas devotas de María! vosotras, que os titulais hijas de esa Madre purísima! ¡Ah! vosotras, al ménos, guardaos de acercar vuestro lábios al inmundo cáliz de Babilonia; vosotras, en defecto de otras, permaneced firmes en el jardín de la Iglesia, cual azucenas purísimas, candidas con aquel candor que se adaptare con vuestro propio estado. Terrible es, no lo niego, el esfuerzo con el cual vuestros jurados enemigos intentan arrebatáros tan precioso tesoro; mas vosotras, cubiertas con el manto de vuestra Madre santísima, defendidas por su diestra, y amparadas por su patrocinio; vosotras, repito, nada teneis que recelar ni que temer. Invocadlo, pues, ese eficaz patrocinio, esa diestra poderosa; invocad la sombra de ese manto purísimo. A los pies, á las sagradas plantas de María....!

Mas ¡ay! ¿qué es lo que estoy viendo ahora, mis amados oyentes? ¿Por qué, en este momento, me parece que la Virgen aparta de algunos de vosotros sus púdicas miradas? ¡Oh! harto lo adivino. Es que Ella descubre, acaso, en alguno de vosotros, un corazón que no es casto, un cuerpo que no es honesto, y por eso lo desecha y lo aleja de sí: ¡oh alma! parece decirle; ¡oh alma infiel! no te acerques á mi trono, no toques mi manto, no beses mi diestra. Si quieres alcanzar gracias de mí, sabe, desdichado, merecerlas. Abandona aquella casa que frecuentas, rompe aquella amistad que te encadena, huye de la ocasión que jamás procuras evitar. ¡Ah! deja, deja ya esa licencia en el trato, ese aire de independencia que se observa en tu conducta, esa obscenidad que se nota en tu manera de vestir. Purifica, ante todo, tu corazón de esos afectos inmundos, que lo corrompen; procura apartar de tu imaginación esos impuros fantasmas, que la desdoran; santifica todo tu cuerpo.

Pues bien; respondo yo, ahora, por esos tales; ya que así Vos lo quereis, también ellos así lo querrán. Oid sus gemidos y acoged sus votos. Todos ellos juran aquí, en este momento mismo, con lágrimas en los ojos, daros pruebas, en lo sucesivo, de su candor, de su pureza y su fidelidad. Todos ellos están dispuestos á ejecutar aquello que Vos pedis de ellos, y abominan y detestan todas sus pasadas miserias. Recibidlos, pues, ¡oh María! bajo vuestro manto purísimo; sostened su flaqueza, fortalecedles en sus propósitos. Despues, á todos cuantos aquí hoy nos hallamos ¡oh Virgen excelsa! ¡oh Azucena candidísima! concedednos vuestro auxilio en nuestros tremendos combates; reprimid en favor nuestro la osadía de nuestros implacables enemigos;

haced que sean infructuosos sus esfuerzos abominables. De esta suerte, viviendo en la tierra con aquella pureza que es propia de nuestro estado, podremos alcanzar el premio prometido á los verdaderos limpios de corazón. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt* (MATTH. V, 8).

DIA OCTAVO.

LA VIOLETA SILVESTRE,

Ó SEA:

LA HUMILDAD NECESARIA.

Discite á me, quia mitis sum, et humilis corde.

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.

(MATTH., XI, 29.)

¿Qué es el hombre? preguntaba al Señor el paciente de Idumea; ¿qué es el hombre para que tú hagas de él tanto caso, y le ensalzes? *Quid est homo, quia magnificas eum?* (JOB. VII, 17.). Esa misma pregunta se os dirige á vosotros en esta noche, mis queridos hermanos. ¿Qué cosa es el hombre, repito yo á mi vez, para que, no tanto por parte de Dios, sino por sí mismo, se eleve y se ostente sobre la tierra? *Quid est homo? quid est?* El hombre, oigo que van de continuo repitiendo algunos lábios orgullosos y mundanos, es el sér más sublime y excelso; una criatura que puede repetir: yo soy soberana de mí misma; un sér y una criatura que nacieron para subir al sólio, y enseñorearse del universo. ¡Necios! gloriaos de esta vuestra propia grandeza: el fausto, la ambición y la altivez sean vuestro ropaje, vuestro manto y vuestra corona. Si la sabiduría os adorna, si la nobleza os distingue, si las riquezas os rodean, dad nuevo pábulo á vuestro or-

gullo; despreciad, ya que motivos sobrados os asisten para ello, al pobre y al desvalido; encumbraos sobre todos vuestros semejantes;

INDUSTRIAS CONTRA LOS DEFECTOS

El justo caerá 7 veces y se levantará.—Prov. 24. 16.

El desaliento y desconfianza son tentaciones muy peligrosas en la vida espiritual. Para no dejarse vencer de ellas, mucho ayudará la consideración frecuente de los siguientes avisos:

I. El vencer las pasiones y alcanzar la santidad no es obra de un día; ni suele Dios levantar las almas á una grande perfección de repente, sino por grados. Luego no deben ser imprudentes ni indiscretos los deseos de su santidad y perfección, aunque sí muy vivos y eficaces. Permite Dios que queden algunas pasiones en el alma, para que combatiéndolas tenga una continua ocasión de humillarse y de merecer.

II. El alma que entra en el camino de la virtud y perfección, es semejante al niño que comienza á andar y se esfuerza en dar los primeros pasos; cae muchas veces, pero se levanta pronto, y pone más empeño y cuidado. Dice San Francisco de Sales: ¡Cómo nos enmendaremos de nuestros defectos? Teniendo paciencia con nosotros mismos; resistiendo con energía á la inquietud que nace de nuestros defectos; levantándonos con ánimo grande y generoso, fácilmente por nuestra flaqueza, pero permanecen la buena voluntad y el deseo sincero de servir á Dios."

III. Hay personas que se duelen de sus defectos de tal modo, que incurren en un defecto más grave de impaciencia, nacida del amor propio, que cuanto es más secreto es tanto más peligroso. Si al advertir nuestras imperfecciones y defectos, nos ejercitamos en humildad y paciencia, repararemos el daño de las faltas y sacaremos no poco provecho. Es muy grande mal dejarse llevar de una tristeza inútil y perjudicial, que ni es de Dios ni le agrada, sino que nace de oculta soberbia y es fomentada por el maligno espíritu, que sabe bien cuánto puede dañar al alma con semejante tristeza, especialmente induciéndola á desesperación.

Andamiento de la verdadera grandeza, la humildad, no es el poder que incumbe á todo cristiano, la humildad; mas no esa humildad que se finge en el exterior, sino aquella que triunfa en lo interior.